



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Comunicación y democracia en Crítica y Utopía, revista del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (1979-1989)

Victoria Cibeira

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e220>

Recibido: 19-06-2019 Aceptado: 15-11-2019

## Comunicación y democracia en Crítica y Utopía, revista del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (1979-1989)

## Communication and democracy in Crítica y Utopía, journal from the Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (1979-1989)

Victoria Cibeira [cibeiravictoria@gmail.com](mailto:cibeiravictoria@gmail.com)

<https://orcid.org/0000-0002-1082-2564>

Universidad de Buenos Aires (Argentina)

### Resumen

En el presente trabajo nos proponemos reflexionar sobre la reformulación conceptual que marcó el campo de los estudios en comunicación y cultura en los años de la llamada transición hacia la democracia en Argentina, entre fines de la década del 70 y principios de la década del 80. A partir del análisis de los primeros números de la revista *Crítica y Utopía* (1979-1989), este artículo pone de relieve el modo en que el pensamiento sobre la comunicación y la cultura contribuyó a reformular un discurso teórico político que buscó colocar en el centro del debate la

Question, Vol. 1, N.º 64, octubre-diciembre 2019. ISSN 1669-6581

Instituto de Investigaciones en Comunicación | Facultad de Periodismo y Comunicación Social | Universidad Nacional de La Plata

La Plata | Buenos Aires | Argentina

Página 1 de 17



construcción de un orden democrático. La reflexión sobre el lugar de la comunicación en este orden y la emergencia de un renovado modo de intervención intelectual fueron sus rasgos centrales. Comunicación/cultura se volvía en *Crítica y Utopía* una apuesta de los procesos de cambio democrático.

**Palabras clave:** Comunicación y cultura; democracia; política; modo de intervención intelectual; revista *Crítica y Utopía*.

### Abstract

In the present article we intend to reflect about the theoretical renewal that influenced the communication and cultural studies field in the context of the transition to democracy in Argentina between the end of the 70 and the beginning of the 80's. Based on the studying of the journal *Crítica y Utopía*, the aim of this article is to ponder the way the theoretical and political reflection in communication and cultural studies contributed to renovate a political speech that pursued to set the new democracy order in the center of the debate. The consideration of a new role of the communication sciences and the emergence of a renovated way of intellectual intervention were their main characteristics. Communication, in short, became in *Crítica y Utopía* a challenge in the processes of democratic transition.

**Keywords:** Communication and culture; democracy; politics; intellectual intervention; *Crítica y Utopía* journal.

Hacia finales de la década del 70, la cuestión democrática delimitaba la agenda teórica y política de la discusión en ciencias sociales: *democracia* se convertía en el concepto paradigmático de un nuevo clima de época. En efecto, los estudios en comunicación se encontraban en pleno proceso de viraje teórico-conceptual; la crisis del marxismo se traducía en el abandono de arraigados postulados teóricos que concentraban sus esfuerzos en el análisis de la estructura de medios y la denuncia de los mecanismos de dominación ideológica. De la mano de la revalorización de las teorías gramscianas, comenzaron a ganar terreno aquellas ideas que situaban el problema de la cultura en las clases sociales y, de esta manera, reivindicaban el lugar del sujeto en el proceso comunicativo.



Tal como señala Nicolás Casullo (1985), la democratización de las comunicaciones dejaba de ser una consigna más al interior del campo de la información para transformarse en uno de los debates claves de la década del 80': una renovada conceptualización al interior de los estudios en comunicación y cultura ingresaba al debate como dimensión teórica fundamental, ya que habilitaba el estudio de la heterogeneidad de expresiones y la manifestación de la pluralidad de las disidencias que tenían lugar en la sociedad, como expresión crítica que garantizaría la democracia política:

Como hecho colectivo y heterogéneo de producción de sentidos, la relación entre sujeto social productor y la comunicación como estructura en la cual dicho sujeto es actor, nos lleva directamente al tema democrático, como dimensión que genera a la comunicación y como dimensión alimentada por la comunicación. De esta forma, la comunicación, en tanto producción significadora inaugura el acontecimiento político y cultural, en tanto acontecimiento democrático (Casullo, 1985: 39-40).

De acuerdo con esta perspectiva la comunicación se convertía en uno de los planteos esenciales de la constitución de lo social y cultural de la política. Esto último afectó directamente el modelo de análisis comunicacional en tanto "producción permanente y abierta de sentidos desde el sujeto social y cultural activo" (Casullo, 1985: 25). Según Casullo, la cuestión democrática comenzaba a inscribirse dentro de los estudios en comunicación en tanto categoría fundamental para debatir acerca de "una comprensión más afiada y crítica de la cultura conformadora de los presupuestos políticos, ideológicos y científicos" (Ibídem: 27). La pregunta por la democratización de las comunicaciones fue la puerta de ingreso al análisis de la dimensión cultural como conflicto político e ideológico. La revalorización de la democracia en relación a la producción comunicacional de sentidos puso el acento en la política cultural como espacio de expresión de disidencias y resolución del conflicto social.

En líneas generales, es posible asegurar que durante estos años se preparó el terreno de discusión frente a la apertura democrática en la región. El proceso de transición hacia un nuevo gobierno democrático en la Argentina luego de una experiencia autoritaria fatídica fomentaba la instalación de una variedad de interrogantes en el campo intelectual dando forma a un debate que recién comenzaba a cobrar dimensión. A partir de allí, nos interesa dar cuenta de la complejidad de este movimiento y de su inserción en un conflictivo entramado cultural a partir de las intervenciones en *Crítica y Utopía* de quienes, por su trayectoria y capital acumulado, formaron parte de este debate desde el campo específico de los estudios en comunicación.



## **Crítica y Utopía en la escena latinoamericana: intelectuales, democracia y ciencias sociales**

Durante el siglo XX, las revistas acompañaron las formaciones intelectuales provenientes de los sectores más innovadores de los campos culturales. Al permitir captar un sentido inmediato de la cultura en un momento dado, su interpretación se vuelve productiva para el estudio de la vida política, social y cultural. Al mismo tiempo que informan sobre las costumbres intelectuales de un período, las revistas son lugar de expresión y organización de una multiplicidad de discursos o, como señala Beatriz Sarlo, “un mapa de las relaciones intelectuales, una red de comunicación entre la dimensión cultural y la política” (1992: 15).

*Crítica y Utopía* vio la luz por primera vez en Argentina en septiembre de 1979. El director de la revista a lo largo de toda su publicación fue Francisco Delich, abogado graduado de la Universidad de Córdoba especializado en sociología en la École des Hautes Études de la Universidad de París, en colaboración de un consejo de redacción compuesto por figuras destacadas de las ciencias sociales latinoamericanas, a saber: Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto, Jorge Graciarena, Nobert Lechner y José Luís Reyna. El proyecto editorial fue impulsado desde el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y al momento de la publicación de la revista Francisco Delich ocupaba el lugar de Secretario Ejecutivo de la institución.

Dos son las referencias necesarias para comprender la conformación de este grupo intelectual y el surgimiento del proyecto editorial. Por un lado, la Conferencia Regional sobre Condiciones Sociales de la Democracia organizada por CLACSO en Costa Rica del 16 al 20 de octubre de 1978, convocada y dirigida por Francisco Delich en conjunto con Enzo Falleteo y Fernando Henrique Cardoso. Es posible señalar este acontecimiento como punto de partida para la creación del consejo de redacción de *Crítica y Utopía*: los trabajos expuestos durante este encuentro conformaron los ejemplares 1 y 2 de la revista. Por otro lado, es necesario destacar el rol fundamental de CLACSO como institución que dio marco a este proyecto editorial a la vez que impulsó y respaldó su publicación. Además de organizar seminarios y congresos, CLACSO facilitó el intercambio académico, la gestión de becas, la publicación de textos y la cooperación entre distintos centros de investigación al diseñar “un espacio propicio para la circulación de la comunicación intelectual a través de América Latina y de ésta con el resto del mundo académico, albergando, propiciando y patrocinando el trabajo de intelectuales de diversas tendencias teóricas y de trayectorias heterogéneas” (Lesgart, 2003: 74).

Las publicaciones de *Crítica y Utopía* se repartieron a lo largo de una década. En efecto, se publicaron 12 números consecutivos entre 1979 y 1989 (al menos un ejemplar por año), al que



debe sumarse un número 13, confiscado en la imprenta por la dictadura militar en 1980 que nunca llegó a circular. Los ejemplares 1, 2 y 4 fueron publicados a través de la editorial El Cid Editor, pero esta relación tuvo una vida corta ya que a partir del número cinco, la revista se presentó como “entidad editora *Crítica y Utopía*, sociedad civil sin fines de lucro en formación”. La revista se posicionó como un espacio de discusión crítica que fomentó el intercambio y la reflexión teórico-política entre intelectuales de distintas latitudes: gran parte de los artículos publicados a lo largo de la revista son transcripciones de conferencias en su mayoría organizadas bajo la dirección de CLACSO, siendo el proceso de transición democrática el eje articulador de dichos encuentros.

Tradicionalmente, el concepto de *democracia* fue utilizado por los intelectuales de izquierda en un plano meramente instrumentalista: mucho más una táctica para acceder a un fin que un objetivo en sí mismo. Según Norbert Lechner (1988), en la década del 80 la democracia reemplazó a la revolución como eje articulador de la discusión latinoamericana. Al par de opuestos autoritarismo/revolución, se le presentó una fórmula renovada, configurada dentro del marco de una revalorización positiva de las instituciones: autoritarismo/democracia. Desde la revisión del pasado bajo el sentimiento de fracaso o derrota del proyecto socialista revolucionario, la formulación de la democracia funcionó durante esos años como una estrategia por la cual la crítica al pasado revelaba las tareas intelectuales del presente.

Al interior de las publicaciones de *Crítica y Utopía* es posible percibir una cierta gama de voces, aunque las tendencias más bien apuntaban hacia las corrientes que sostenían que no había otra salida posible al Estado autoritario que una transición democrática, reivindicando la importancia de promover reformas y centrando la reflexión en el problema de las instituciones, las reglas y las normas de funcionamiento democrático. Es posible identificar esta postura en las intervenciones de Delich que, tanto por su posición como director de la revista como por su rol como secretario ejecutivo de CLACSO, sus artículos son una muestra de la línea de pensamiento de la revista.

En conclusión, este conjunto de debates puede organizarse en posturas que fueron ganando terreno en el campo de las ideas y otras que, al mismo tiempo, retrocedían. Aquellas que perdieron dominio fueron las que continuaban legitimando la importancia de una lucha armada y un conflicto revolucionario, el desmantelamiento del Estado y la consecuente desaparición de las clases sociales, rechazando la posibilidad de una apertura democrática que entrara en relación con una nueva teoría socialista. Por el contrario, las posiciones que fueron ganando terreno eran las que convocaban a la renovación de la cultura política tradicional de la izquierda incorporando una serie de valores que incluían el consenso, el pluralismo, la heterogeneidad, la institucionalidad democrática.



## Política, cultura, comunicación y nuevas tecnologías: interrogantes de la transición democrática

Desde fines de la década del 70, el proceso de renovación teórica en materia de comunicación se desarrolló a partir de dos ejes centrales: la valorización de la autonomía de lo político como dimensión fundamental del análisis, en contraposición al determinismo económico y simultáneamente, el reconocimiento de la existencia de sujetos políticos heterogéneos (en detrimento de un sujeto único) que, con sus múltiples manifestaciones y expresiones, garantizarían la democracia política. *Crítica y Utopía* no se mantuvo ajena a estas transformaciones e incorporó en sus números una vasta producción que acompañó los desplazamientos teóricos de la época.

Mientras que los primeros cinco números se abocaron enteramente a la discusión sobre la apertura hacia un proceso de transición política, sus requisitos y posibles efectos, en 1982 la revista publicó por primera vez un ejemplar enteramente dedicado a la discusión en materia de comunicación, titulado *Telemática y Sociedad*. La mayoría de los trabajos que componían el número habían sido previamente presentados en el Seminario Estado, informática, comunicaciones y sociedad civil en América Latina, que organizó CLACSO en 1982 en conjunto con *Crítica y Utopía* y el Curso de Postgrado en Antropología Social de la Universidad Federal de Río Grande do Sul, en Porto Alegre.

Que *Crítica y Utopía* dedicara un número completo al tópico de la comunicación es significativo de las transformaciones que se operaban en torno a los modos de pensar la relación entre cultura, política y democracia. Entendemos la noción de telemática de acuerdo a la lectura propuesta por Armand Mattelart y Héctor Schmucler en su libro *América Latina en la encrucijada telemática* (1983). Allí, los autores afirmaban que la noción de telemática intentaba condensar “los nuevos sistemas de comunicación e información, situados en la intersección de la informática, las telecomunicaciones y los medios audiovisuales” como “sistemas complejos e interconectados” (1983: 12). En esta línea, el editorial del dossier se anunciaba que el ingreso a la materia se haría “intentando cruzar problemáticas en general tratadas separadamente: a saber, el uso estatal de las nuevas tecnologías para el control social y la propagación ideológica, y las defensas que opone la sociedad civil, sustrayéndose a los mensajes masivos a través de la reelaboración de las significaciones o a través de la producción y difusión de significaciones diferentes” (*Crítica y Utopía*, 1982: 8). Esta perspectiva ponía de relieve que el debate en torno a los estudios en comunicación y cultura debía ser interpretado en interacción con la reflexión político-social como dimensiones de un mismo proceso complejo de



comunicación. A partir de aquí, las direcciones de esta búsqueda serían múltiples pero la relación quedaba ya instalada.

La intervención de Nibert Lechner en el dossier Telemática y Sociedad es muy significativa puesto que, por un lado, no provenía directamente de los estudios en comunicación y, por otro lado, debido a que ocupaba un lugar relevante en la revista como parte del consejo editor, su exposición puede ayudarnos a comprender cierto enfoque en torno al modo en que se establecían las relaciones entre comunicación, política y democracia y se pensaba su centralidad para el análisis político y social. En su artículo “Por un análisis político de la información”, Lechner verificaba las debilidades de lo que llamaba el “paradigma informático” que, utilizando las herramientas de clasificación, la dinámica de la estandarización y el almacenamiento infinito de datos, intentaba explicar la utilización y significación de la tecnología en el entramado social. Es posible identificar lo que Lechner describía como “análisis informático” con una crítica hacia las corrientes que intentaban describir los procesos de comunicación en términos estrictamente técnicos a partir de las teorías de la cibernética y las teorías de la información. El autor definía la informática como un dispositivo de poder en tanto tendía, por un lado, a reducir la diversidad de los significados y por otro, a homogeneizar la realidad a través de la unificación de los discursos en una misma concepción del mundo. Al establecer una interpretación única de la realidad, la informática volvía obsoleto el conflicto político:

A diferencia de éste [paradigma informático], el análisis político no presume la existencia de una realidad objetiva, directamente inteligible. Supone, al contrario, que los hombres toman conciencia de la realidad en el terreno de las ideologías. Y que la lucha por “transformar el mundo” es, por tanto, fundamentalmente una lucha por los códigos interpretativos de este mundo (1982: 36).

El artículo de Lechner señala una tendencia que se puede seguir en todos los autores de la revista que abordaron la temática: lo político ingresaba como dimensión insoslayable del examen de las relaciones sociales, asumiendo una significación muy precisa: “más que denunciar la manipulación y el control de la sociedad”, se trataba de “abordar las fisuras, las interrupciones, las distorsiones de la comunicación” (Ibídem: 39).

Es posible entonces identificar en *Crítica y Utopía* dos ejes principales de discusión o campo de problemas referidos al debate en torno de los estudios en comunicación y cultura. En primer lugar, la idea de que la interacción entre cultura, comunicación y política era un vector analítico fundamental para la comprensión de las transformaciones sociales; y, en segundo lugar, la





necesidad de indagar el nuevo rol de las nuevas tecnologías de la información. Para ello, nos enfocamos en el análisis de los discursos de aquellos intelectuales de las ciencias sociales, portadores de un capital simbólico de relieve, quienes, en sus ensayos, propusieron una conceptualización de las mutaciones que afectaban en esos años a las sociedades latinoamericanas. Nos referimos a las intervenciones de Oscar Landi, Anibal Ford, Alain Minc y Armand Mattelart y Héctor Schmucler.

En las dos intervenciones de Landi en la revista (1982 y 1983), el autor argumentaba en favor de la construcción de una teoría que asumiera la pregunta por la conformación de la identidad de los sujetos en una escena política que se abría hacia la heterogeneidad de las demandas y de los conflictos sociales. El autor insistía en la necesidad de pensar que los códigos de interpretación de los mensajes en el plano político y cultural eran, en realidad, “producto de agudos conflictos históricos por la hegemonía en la sociedad” (1982: 52). Landi entendía que la formación de una cultura política democrática era la llave para la constitución de una identidad nacional, la cual no se agotaba en el consenso respecto de ciertas reglas de elección y de control de los gobiernos, sino que también debía expresarse “en la vida cotidiana, las relaciones familiares, en las formas de sociabilidad de los argentinos” (1983: 72).

El interés por la afirmación de una identidad nacional y la construcción de un proyecto nacional de cultura también puede seguirse en “Desde la orilla de la ciencia”, un artículo publicado por Anibal Ford (1983) en el número 10 de la revista. La propuesta teórico-analítica del autor era, como bien lo explicitaba el título del artículo, posicionarse por los márgenes de los parámetros establecidos por la ciencia para “salir a exteriores y escuchar con humildad” (1983: 55). La identidad nacional, entonces, debía conformarse a partir de la reparación en prácticas de la cultura popular, descartadas por la investigación clásica como “saberes no institucionalizados”. Se podría reconocer en la postura epistemológica de Ford un gesto político de legitimar la voz de la cultura subalterna como dimensión fundamental en la construcción de los tejidos y discursos socioculturales. Si de lo que se trataba era de ir reconstruyendo de manera realmente democrática el país entonces, aseguraba Ford, era necesario reparar “en las miles de microhistorias donde se va cocinando una Argentina cultural y política” (Ibidem: 57). Escribía Ford: “Una sociedad no se procesa a sí misma sólo a través de lo reconocido en los paradigmas hegemónicos sino también a través de múltiples formas de comunicación y contacto, de subsuelos, no siempre observados o jerarquizados” (1983: 59).

De esta manera, el autor abogaba por la emancipación de la problemática político cultural, que se había excluido del campo político (desplazada a un rol inferior de acuerdo a las dinámicas del poder y los modelos economicistas de decisión) y su reubicaba como dimensión central del análisis.





Otra línea de trabajo sobre la que la revista generaba espacios de debate tiene como eje la problemática de las nuevas tecnologías, sus impactos en la sociedad y las maneras de pensar las políticas culturales para su control. La emergencia de una nueva mirada acerca de “la cuestión de las nuevas tecnologías de la información” debe comprenderse en el marco de los desafíos que el proceso de transición hacia la democracia planteaba a los intelectuales, en el pasaje desde regímenes políticos autoritarios a otros de participación y representación democrática. La expansión de los medios de comunicación y de las nuevas tecnologías generaba cambios significativos en la organización material de la cultura. Su papel en la formación de nuevos mecanismos de interacción social y en la construcción de nuevas significaciones sociales comenzaba a inscribirse al interior de un análisis político-cultural.

Es interesante para este punto tener en cuenta la postura presentada por Alain Minc (1982) en su artículo “La informatización de la sociedad”, publicado en el número 7 de *Crítica y Utopía*. El texto tenía por objeto analizar el impacto de la combinación entre las telecomunicaciones y el procesamiento automático de datos en la sociedad. La propuesta de Minc hacía especial hincapié en la dimensión económica del análisis; esta perspectiva podría ser caracterizada como poco materialista si por ello se entiende que pasaba por alto el papel cumplido por los sistemas de comunicación en el proceso de desarrollo socio-cultural de las naciones. Desde una óptica diferente, el trabajo de Mattelart y Schmucler (1982) titulado “Telecomunicaciones e informática: un inventario para el futuro” publicado en el mismo número de la revista, realizaba un breve recorrido acerca del desarrollo de la introducción y expansión de la tecnología informática en América Latina. A la visión ahistórica de los nuevos sistemas de manejo de la información, los autores proponían la noción de *proceso* como elemento central para comprender el rol de los medios de comunicación en la formación de los mecanismos sociales.

La naturaleza integradora de la tecnología informática que aparece como una nueva locomotora que arrastra tras sí al conjunto de elementos del sistema, impone un reacomodo de todos los aparatos de comunicación y de información y redefine la función que cumple cada uno de ellos en la producción del consenso (Mattelart y Schmucler, 1982: 81-82).

El ingreso al paradigma democrático planteaba a estos intelectuales una serie de cuestionamientos acerca de la relación democracia/comunicación: ¿acaso la inserción de nuevas tecnologías fomentaría mayor democratización y participación en las prácticas comunicativas o, por el contrario, facilitarían la concentración y monopolización de los discursos? Era ilusorio, señalaban Mattelart y Schmucler (1982), esperar que la informática, por sí sola, echara abajo la estructura de la sociedad y la pirámide de los poderes que la regían. La



telemática, según los autores, podía facilitar el advenimiento de una nueva sociedad, pero no se construiría espontáneamente. La cuestión central radicaba entonces, no en las propiedades constitutivas de la tecnología sino en cuestionarse cuál sería “el grado de participación real de los ciudadanos y de la colectividad –es decir de democracia– a partir del modelo de institucionalidad tecnológica que se pretend[ía] imponer” (1982: 84).

En suma, los avatares de la discusión ponían de relieve la existencia de un debate en plena transformación tanto como la gestación de nuevos acercamientos teóricos. Estas huellas pueden encontrarse en la convivencia de diversos autores en las páginas de *Crítica y Utopía* que, si bien partían desde tradiciones y posiciones diferentes, tanto teóricas como ideológicas, sus conclusiones convergían en algunas posiciones generales en cuanto a las direcciones que el análisis comunicacional debía asumir. La revalorización de la democracia y la defensa de la dimensión política del análisis posibilitaban afirmar el carácter contingente de los sentidos construidos al mismo tiempo que enfocaba el conflicto en el plano de la lucha por la construcción de nuevas significaciones, donde la comunicación se visualizaba entonces como dimensión fundamental de la apuesta democrática. En estos términos, se valorizaban aquellas ideas que entendían la comunicación como un proceso conflictivo de constitución de identidades de múltiples sujetos y, en este sentido, como estrategia o prisma privilegiado para el análisis político y social.

### **Renovación identitaria: el intelectual de la comunicación en el nuevo paradigma democrático**

Los procesos de renovación conceptual en materia de comunicación y la consolidación de un paradigma democrático fueron acompañados por un movimiento de redefinición en torno a la imagen del intelectual y su rol en la sociedad. Brevemente, señalaremos que el debate que tuvo lugar a principios de la década del 80 acerca de la imagen de la figura del intelectual se consolidaba alrededor de la crítica de su representación en tanto “intelectual comprometido”. De acuerdo con esta perspectiva, la militancia había cobrado tal relevancia entre las capas intelectuales en las décadas previas que su identidad había quedado por completo rendida a los parámetros de su actividad política. Por el contrario, Beatriz Sarlo (1985) asegura que la actividad intelectual debía construirse en base a una combinación entre compromiso personal y libertad cultural (1985: 2). Justamente, fueron aquellas ideas en torno a la reivindicación de la democracia que tornaron residuales las problemáticas de una identidad intelectual nucleada en torno a la idea de revolución, o mejor, a un tipo de cultura política revolucionaria. Distanciándose de la tradición socialista, las ideas de la transición rompían con la idea que



consideraba que el pueblo debía ser educado y guiado. La intelectualidad de izquierda se encontraba confinada a revisar el pasado reciente a fin de construir su identidad en el presente: reafirmar una identidad intelectual en tanto sujeto autónomo pero al mismo tiempo, como afirmaba Sarlo, la necesidad de concebirlo en tanto figura atravesada por una tensión constitutiva ineliminable entre la dimensión cultural, ideológica y política (Ibídem: 6).

Respecto de este debate, la apuesta de *Crítica y Utopía* apuntó a una reformulación crítica de los proyectos de los intelectuales de izquierda a través de un renovado modo de acercarse a las ciencias sociales. En la presentación de la revista (1979), el consejo de redacción aseguraba que la elaboración y discusión teórica no podía estar jamás separada de la discusión política, ya que esta última se constituía como “una de sus dimensiones que no hay razón alguna para privilegiar, pero tampoco para desechar o subestimar” (*Crítica y Utopía*, 1979: 10).

Además, la idea de la institucionalización de la actividad intelectual comenzaba a ganar terreno en detrimento de aquella representación que abogaba por el desmantelamiento institucional: definir un estilo de investigación colectivo y un alto grado de clarificación conceptual se constituía una tarea imprescindible para el desarrollo de una teoría social que pudiera atender las demandas de la región. El desarrollo de este lenguaje específico no era una tarea que debía ser llevada a cabo individualmente; la complejización y el avance en las ciencias sociales se encontraban ligados a la socialización de un código compartido, es decir que la discusión académica requería cada vez más “un alto grado de conocimiento de los códigos institucionalizados” (Ibídem: 13). Si la revista pretendía convertirse en un ámbito de discusión intelectual, la formalización de la actividad al interior de instituciones (en este caso en particular, las posibilidades que brindaba CLACSO a los intelectuales en tanto promotor de investigaciones), y la utilización de un lenguaje específico como rasgo característico de la actividad académica permitiría atender los nudos críticos de la praxis social, que no podían ser otros que “las urgencias prácticas de los pueblos” (Ibídem: 12).

Si, como afirma Zygmunt Bauman (1987), las definiciones del intelectual no suelen ser otra cosa que autodefiniciones y, como tales, hay que considerarlas como recursos de legitimación de quienes las enuncian (1987: 17), podemos decir entonces que la revista *Crítica y Utopía* se encontraba configurando un renovado modo de intervención intelectual en relación a las ideas de revalorización de la democracia política. Esta relación suponía una *función civil* del intelectual en tanto éste interviniera en la esfera pública y se encontrara comprometido con las instituciones democráticas de la sociedad. Así, quienes se agruparon en torno a *Crítica y Utopía* reclamaron para su práctica intelectual un modo de intervención específica, basada en



la defensa de la institucionalización de la actividad intelectual en conjunto con la formación de un lenguaje especializado.

Indagar el itinerario de los intelectuales de la comunicación que intervinieron en *Crítica y Utopía* se revela productivo para analizar la manera en que se articulaba un determinado modo de interpretar la función del intelectual en relación con la reflexión sobre la comunicación, en el seno de un nuevo paradigma democrático. Para ello, intentaremos poner de relieve las reflexiones que ofrecieron los intelectuales que trabajaron temáticas del campo de la comunicación y la cultura en la revista, a fin de reconstruir en su especificidad los vínculos que articularon la reflexión en comunicación, la pregunta por su relación con la democracia y un modo renovado de concebir la figura y la intervención intelectual.

Hasta el momento, hemos señalado la importancia que las intervenciones del consejo de redacción de la revista (especialmente, Francisco Delich, Norbert Lechner y Fernando H. Cardoso) adjudicaron a la autonomía de la actividad intelectual como muestra de su compromiso con las Ciencias Sociales. Esto autores se interesaron por revalorizar la actividad intelectual a partir de la defensa de la necesidad de la institucionalización y especialización académica, el desarrollo de un lenguaje especializado y la delimitación entre el campo intelectual y el campo político, haciendo hincapié en la constitución de una suerte de esfera pública ciudadana como espacio de intervención propio del intelectual en las instituciones democráticas. No obstante, aunque no ocupaban una posición central en la revista, los artículos publicados en *Crítica y Utopía* de Anibal Ford, Oscar Landi y Héctor Schmucler y Armand Mattelart planteaban una construcción de la imagen intelectual que se configuraba a partir de su especificidad como estudiosos de la comunicación y la cultura.

A partir de sus reflexiones teórico-políticas, es posible encontrar distintas perspectivas respecto de la construcción de la representación del intelectual: el eje Ford-Landi argumentaba en favor de una idea populista del intelectual que insistía en la expresión y recreación de lo popular como condición del hecho democrático. Según Mariano Zarowsky (2017), Ford apelaba a lo popular “como fuente de saber, al mismo tiempo que a la capacidad del crítico en tanto intérprete directo, como fuente de legitimidad” (2017: 106-107). Zarowsky define este movimiento como una “doble operación político-epistemológica”, es decir, la afirmación de los saberes populares y la autocolocación por parte del intelectual como actor legítimo que interviene desde los márgenes de la ciencia. En palabras de Ford:

Pareciera que los razonamientos sobre la cultura popular constituyen el ingreso a una “espiral infinita”. (...) Autoincluyen al investigador y cruzan sujeto con objeto de estudio. Lo comprometen con su práctica laboral, con su práctica política, con su biografía personal.



Victoria Cibeira *Comunicación y democracia en Crítica y Utopía, revista del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (1979-1989)*

Levantamos saberes no institucionalizados: en el juego, la acción, la decisión, la fiesta, la comunicación oral y aún no verbal, las prácticas significantes, la relación con el contexto, la elaboración del consenso, la concepción del hombre y del mundo. (...) Someten a un proceso de retroalimentación positiva no sólo de la cultura como “sector” sino también, y fundamentalmente, a la teoría o a la concepción de lo político, de lo social. Y esto mediante procesos en los cuales muchas veces se destruyen “sentidos” trabajosamente elaborados. (1982: 56)

En tanto Ford concentraba sus esfuerzos en reivindicar los saberes populares como fuentes legítimas de saber, Landi, aunque manteniendo una perspectiva populista, presentaba ciertos argumentos que tendían levemente hacia la defensa de la formalización y especialización del lenguaje, en línea con las ideas planteadas por el núcleo liderado por Delich. Escribe Landi: “La consolidación de la democracia requiere la formulación de un nuevo *campo intelectual*” (1983: 72). Al definir este concepto, el autor se interesó por resaltar la capacidad de autonomía de funcionamiento del campo respecto de la economía, la política y la vida social, no sólo por la especificidad de la producción de sus bienes simbólicos sino, aseguraba el autor, porque el campo intelectual podía “determinar, hasta cierto punto, sus propios principios de legitimidad y de consagración de la actividad intelectual” (Ibídem: 89). Sin embargo, su argumentación en torno de la función del intelectual presentaba ciertos matices: al afirmar la necesidad de un nuevo principio de organización del campo cultural, que ubique a la cultura popular como su polo dinámico, Landi sostenía que el intelectual no debía posicionarse por fuera del pueblo ya que “en la Argentina, la gran mayoría de los intelectuales son parte del pueblo, porque lo popular debe ser un principio de organización general y no una subcultura cerrada y porque sus circuitos de producción son complejos y articulan redes insospechadas entre lo especializado y lo no especializado” (Ibídem: 85).

En esta línea de pensamiento populista no ingresaban Schmucler y Mattelart quienes, si bien apuntaban al estudio de las formaciones populares con el objetivo de “reivindicar la pluralidad de intereses que se mueven en la sociedad como expresión de grupos y de intereses específicos en el seno de las clases subalternas” (1984: 10), los autores argumentaban en favor de la importancia de elaborar conceptualizaciones compartidas que conduzcan la actividad intelectual hacia formulaciones teóricas.

Es interesante aquí poner de relieve de qué manera la tensión especialización del saber-saberes populares tenía lugar en *Crítica y Utopía* bajo el marco del paradigma democrático. Por un lado, el núcleo populista señalaba la importancia de los saberes no institucionalizados en tanto discursos en donde se encontraban los elementos para configurar una nueva cultura y una nueva identidad nacional. Los espacios micro-sociales y los saberes cotidianos se

Question, Vol. 1, N.º 64, octubre-diciembre 2019. ISSN 1669-6581

Instituto de Investigaciones en Comunicación | Facultad de Periodismo y Comunicación Social | Universidad Nacional de La Plata

La Plata | Buenos Aires | Argentina



configuraban como fuentes de saber siendo el intelectual un actor legítimo para su interpretación y para la expresión de su diversidad en la lucha por la imposición de los sentidos sociales. Esta postura epistemológica contrasta con aquella presentada en la revista por el núcleo de intelectuales liderados por Francisco Delich, quienes insistían en la formalización del lenguaje como rasgo que definía el compromiso del intelectual con su actividad.

Lo interesante aquí es destacar que, aunque pertenecían a tradiciones distintas, ambas líneas de pensamiento participaban de un denominador común: el problema de la democracia como eje estructurador del debate. Pensar el lugar de la cultura en la conformación de la esfera pública de la transición implicaba rearticular el espacio y las funciones de los intelectuales respecto de su propio campo y de su relación con el campo político y cultural. En términos teóricos, la democracia planteaba las reglas para la expresión de la diversidad, la producción y resolución de conflictos entre los sujetos sociales que participarían del régimen democrático. En esta línea, la dimensión política del análisis posibilitaba afirmar el carácter contingente de los sentidos construidos y la necesidad de desarrollar instrumentos conceptuales que permitieran poner los estudios de comunicación al servicio de los procesos de cambio.

En suma, la voz que asumieron los intelectuales de la comunicación participaba de este proceso de renovación teórico-político y contribuyeron a la emergencia en *Crítica y Utopía* de una renovada representación de la función intelectual y de su espacio de acción: la comunicación, pensada dentro los parámetros del paradigma democrático comenzaba a ser entendida como dimensión del conflicto cultural y, por lo tanto, los intelectuales debían lograr dar cuenta de los conflictos e intereses plurales de la sociedad, a fin de garantizar su participación en la disputa por la imposición de las significaciones sociales. En definitiva, la renovación teórica de la materia demandaba cierta especificidad en su función como intelectuales de la comunicación.

## Conclusión

A través del análisis de la revista *Crítica y Utopía* exploramos ciertos procesos político-intelectuales significativos en los que se inscribió el campo de los estudios en comunicación y cultura durante el período de transición a la democracia en la Argentina. Intentamos dar cuenta de las distintas líneas de pensamiento que recorrieron el proyecto editorial de la revista, articuladas bajo el concepto *democracia* como nuevo eje ordenador. Buscamos evidenciar las resignificaciones de los discursos de un sector de la intelectualidad que se interesó particularmente por los estudios en comunicación y cultura. Fue a partir de estos objetivos que consideramos las mutaciones identitarias del intelectual en diálogo con la renovación teórico-





política de las teorías en comunicación. En definitiva, nos interesó exponer ciertos aspectos relevantes sobre los modos en que se anudaron el proceso de transición democrática, la redefinición del rol intelectual y la reflexión en comunicación, sin por ello suponer que un proceso haya sido consecuencia directa de otro; por el contrario, enfocamos nuestros esfuerzos en atender al análisis de la interacción y articulación de estas tres dimensiones. Intentamos dar cuenta cómo fueron elaborados estos debates en la revista, de qué manera *Crítica y Utopía* expuso los argumentos a lo largo de sus números, destacando las intervenciones de sus principales voces y de los colaboradores que abordaron las temáticas sobre comunicación y cultura.

La revalorización del ideario de la democracia ha provocado distintas reacciones al interior de la intelectualidad de izquierda, haya sido éste abrazado con optimismo o percibido con cierta desconfianza. Desde este punto de vista, creemos que un aporte de este trabajo ha sido evidenciar la emergencia de una innovadora propuesta de intervención por parte de los intelectuales que han trabajado temáticas del campo de la comunicación y la cultura a comienzos de los años ochenta. En su especificidad como intelectuales de la comunicación, es posible identificar una tendencia a fomentar mayores canales de participación y expresión de las pluralidades, como forma de intervención política en la lucha por la construcción de una significación divergente.

## Bibliografía

- Altaminano, C. (2013). *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Bauman, Z. (1997). *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la postmodernidad y los intelectuales*. Buenos Aires: Editorial de la Universidad de Quilmes.
- Burgos, R. (2004). *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Caletti, S. (1983). Reflexiones sobre teoría y cambio social. *Comunicación y Cultura*, 10, México.
- Caletti, S. y Casullo, N. (1981). El socialismo que cayó del cielo. *Controversia*, 14, México.
- Casco, J. M. (2008). El exilio intelectual en México. Notas sobre la experiencia argentina 1974-1983. *Íconos*, 31, mayo.
- Casullo, N. (1985). *Comunicación: la comunicación difícil*. Buenos Aires: Folios Ediciones.





- Ford, A. (2004). Teórico 1 (13/9/1973). En *30 años después. 1973: las clases de Introducción a la Literatura y otros textos de la época*. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación.
- Ford, A. (1982). La utopía de la manipulación. *Contraseña*, 1-2, diciembre.
- Ford, A. (1982). Jauretche: un modo nacional de ver las cosas. En Jauretche, A. *La colonización pedagógica y otros ensayos* (Prólogo). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Ford, A. (1973). Respuesta a una encuesta, "Literatura y crítica: una encrucijada, una encuesta (primera parte)". *Revista latinoamericana*, 2, junio.
- Freibrun, N. (2014). *La reivindicación de la democracia. Intelectuales e ideas políticas en la Argentina de los ochenta*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Garategaray, M. y Reano, A. (2013). Democracia, intelectuales y política. *Estudios*, 29, enero-junio.
- Garategaray, M. y Reano, A. (2017). Apuntes para una historia intelectual de la transición democrática. *A Contracorriente*, 14(2).
- Landi, O. (1988). *Reconstrucciones. Las nuevas formas de la cultura política*. Buenos Aires: Puntosur.
- Lechner, N. (1988). De la revolución a la democracia. En *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Chile: FCE.
- Lenarduzzi, V. (1998). *Comunicación y Cultura. Itinerarios, ideas y pasiones*. Buenos Aires: Eudeba.
- Lesgart, C. (2003). *Usos de la Transición a la Democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*. Santa Fe: Homo Sapiens Ediciones.
- Mattelart, A. y Schmucler, H. (1984). Construir la democracia. *Comunicación y Cultura*, 12, México.
- Mattelart, A. y Schmucler, H. (1983). *América latina en la encrucijada telemática*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Mattelart, A. y Mattelart, M. (1986). *Pensar los medios. Comunicación y crítica social*. Paris: Éditions La Découverte.
- Patiño, R. (2006). Revistas literarias y culturales argentinas de los 80. *Ínsula*, 715-716, Barcelona.
- Patiño, R. (2003). Narrativas políticas e identidades intelectuales en Argentina (1990-2000), documento de Trabajo N° 10. Universidad de Maryland: Centro de Estudios Latinoamericanos.



- Patiño, R. (1997). *Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981-1987)*, San Pablo, Cuadernos de Recienvenido, Universidade de Sao Paulo.
- Rinesi, E. (2013). *¿Cómo te puedo decir? Notas sobre el pensamiento de Oscar Landi*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.
- Sarlo, B. (1985). *Intelectuales: ¿Escisión o mimesis?* *Revista Punto de Vista*, 25, diciembre.
- Sarlo, B. (1992). *Intelectuales y revistas: razones de una práctica. América: Cahiers du CRICCAL*, 9-10.
- Schmucler, H. (1975). *La investigación (1975): ideología, ciencia y política. Comunicación y Cultura*, 4.
- Schmucler, H. (1984). *Un proyecto de comunicación/cultura. Comunicación y Cultura*, 12, México.
- Schmucler, H. (1987). *Construir la democracia. Comunicación y Cultura*, 7, México.
- Schmucler, H. (2002). *Donald y la política*. En Dorfman, A. y Mattelart, A. *Para leer al Pato Donald*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sigal, S. (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires: Puntosur.
- Zarowsky, M. (2017). *Los estudios en comunicación en la Argentina. Ideas, intelectuales, tradiciones político-culturales (1956-1985)*. Ciudad de Buenos Aires: Eudeba.
- Zarowsky, M. (2015). *Del exilio a los nuevos paradigmas: los intelectuales argentinos de la comunicación en México (de Controversia a Comunicación y cultura)*. *Comunicación y sociedad*, Universidad de Guadalajara, México, 24.